

MUESTRA NO COMERCIAL



LIBROS.
M A R K E T

FUEGO



LIBROS.
M A R K E T



LIBROS.
M A R K E T



LIBROS.
M A R K E T

MUESTRA NO COMERCIAL

MUESTRA NO COMERCIAL



LIBROS.
M A R K E T

ÁLEX PASTOR



LIBROS.
M A R K E T

FUEGO



LIBROS.
M A R K E T



LIBROS.
M A R K E T

MUESTRA NO COMERCIAL

MUESTRA NO COMERCIAL



LIBROS.
M A R K E T



LIBROS.
M A R K E T



© 2025 Álex Pastor

© 2025 Edición:

Adrián Naranjo (www.adriannaranjo.com)

ISBN:

Todos los derechos reservados.

Publicado en España



LIBROS.
M A R K E T

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, guardada en un sistema de recuperación o transmitida de forma alguna ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, o cualquier otro, sin obtener previamente el permiso por escrito del autor.

MUESTRA NO COMERCIAL



LIBROS.
M A R K E T

*A mi madre,
mi refugio cuando todo ardía.*



LIBROS.
M A R K E T



LIBROS.
M A R K E T



LIBROS.
M A R K E T

MUESTRA NO COMERCIAL



LIBROS.

MARKET

EN EL CALABOZO	13
LA SALIDA DEL CALABOZO.....	20
 PARTE I: LA INFANCIA	35
1. LA TORMENTA PERFECTA	37
2. LA PESADILLA	41
3. VERANO DE OLIMPIADAS	51
4. LOS RECUERDOS Y VUELTA A EMPEZAR	57
CON MI PADRE (10/1993)	60
AMIGOS ÍNTIMOS	62
CON MI MADRE	66
CON ALBERTO	74
5. COMUNICÁNDOME CON NADIE.....	81
CON MI TÍO	89
6. DE KUNG FU PANDA A CHUCK NORRIS	101
LA NECESIDAD DE DISOCIARME DE MÍ MISMO	106
7. VERGÜENZA PROPIA	111
CON MI TÍA FLOR	115
LAS DOBLES INTENCIONES	121
8. LOS ESTUDIOS Y LA CALLE.....	125
9. UNA NUEVA ETAPA QUE NO BORRA LA ANTERIOR	137

PARTE II: LA POLÍTICA	149
10. EL SINDICATO ESTUDIANTEL	151
CONTRADICCIONES	156
EL TRISTE MUNDO DE LOS EGOS	158
11. ¿QUÉ ES EL FUEGO?	161
PEREZA	164
AVARICIA	172
12. CRECIENDO A MENOR	
VELOCIDAD DE LO ESPERADO	179
LOS ANIMALES	183
13. EL CAMBIO PARA NO CAER EN LAS DROGAS	189
14. EL VELATORIO	193
15. EL TIEMPO ES ORO	197
LA ESPIRAL ME ABSORBE.....	201
16. CONSTRUYENDO UN FUTURO	205
UN BUEN POLÍTICO NO	
COGE TODOS LOS TRENES	211
EL INCONDICIONAL MARCO	214
SOBERBIA.....	221
17. COMIDA DE COLEGAS	225
18. CUANDO NO IMPORTA.	
LA OPINIÓN DE LOS DEMÁS	231
19. UN AÑO CRUCIAL	239
20. LA TRASTIENDA OSCURA Y SUCIA	241
TRISTEZA	249
21. ANTES DEL COLAPSO	257
¿POR QUÉ NO FUISTE CAPAZ?	258
ODIO	262
22. ¿SOBRIO, CENTRADO Y TRANQUILO?	269
CONVERSACIÓN PENDIENTE CON MI TÍO	272
PAUSA	280
PARTE III	287
23. LA ANTESALA DEL DERRUMBE	289
24. LA CONSPIRACIÓN	293
VUELTA A CASA	299

25. EL INGRESO	305
DÍA 2	306
DÍA 3	308
DÍA 4	310
DÍA 5	311
DÍA 6	312
DÍA 7	313
DÍA 8	313
DÍA 9	315
DÍA 10	316
FUERA DEL HOSPITAL	3175
26. ¡LEVANTA!	321
DANDO BANDAZOS	324
YA NO PUEDO MÁS, ME DEJO CAER (06/2020)	328
COLAPSO TOTAL	333
APRENDIZAJE VITAL	334
27. SALIR DE LA ADICCIÓN	339
POR TI, ÁNGEL	342
RABIA	345
REFLEXIONES DE UNA LATA VACÍA	346
28. EL PRIMER PASO HACIA LO DESCONOCIDO	351
EL DESPERTAR (07/2020)	352
UNA SIMPLE PARODIA	354
Y AQUÍ ENTRAS TÚ	358
Epílogo: TODO ESTABA ESCRITO	361
PRIMER SOBRE	364
SEGUNDO SOBRE	371
TERCER SOBRE	376

EN EL CALABOZO

Eran las tres de la madrugada del miércoles veintidós de abril de 2020. Estábamos en plena pandemia, con órdenes estrictas de permanecer aislados en nuestras casas para evitar contagios. Sinceramente, a esas alturas de la noche, y viendo cómo se habían desarrollado los acontecimientos horas antes, lo que menos me preocupaba era el puto virus. Aunque, bueno, también estaba aislado del mundo. Solo que, en mi caso, me encontraba dentro de un habitáculo apestoso y oscuro que no tenía nada que ver con el calor de mi hogar. Conciliar el sueño allí era imposible, y ya no sabía en qué posición ponerme. Me dolía todo. La cama no ayudaba: era del mismo hormigón armado que las paredes y el suelo, así que encontrar algo de comodidad era una broma de mal gusto. Hacía frío, pero no había forma de conseguir más ropa. Mi chaqueta había desaparecido junto con mis pertenencias cuando entré en comisaría. Ayer no había sido mi día, y la noche se me estaba haciendo eterna; tocaba aguantarme y portarme bien. Calladito estaba más guapo.

Intenté pensar en una cronología de los hechos, pero no encontraba suficiente claridad. Eso me agobiaba. Mi

mente era un caos. Tiraba por un lado mientras mi conciencia indefensa, harta, había decidido tirar por el contrario y desaparecer en la oscuridad de esa noche. Sobre las nueve de la noche, concretamente.

Todo tenía sentido, hasta las sombras y la negrura, pero en ese momento no estaba para tonterías, más allá de las mías. Tenía la testosterona disparada. Lo sabía. Se me habían cruzado los cables de una forma que ni yo creía posible. Aquel era yo, pero no había sido yo quien pilotaba la nave de mi mente. Eso estaba claro. Necesitaba entender qué demonios había pasado esa noche, pero me costaba pensar. Todo un tsunami con consecuencias devastadoras. Había arrasado con todo.

Intenté captar mi entorno, usar mis cinco sentidos para averiguar qué tan jodido estaba. Ruidos, voces, movimientos. No era el escenario ideal, pero tampoco estaba para dar lecciones. Me resigné. Necesitaba sentarme. Esa desagradable sensación volvía a atacarme. Dejé caer mi culo plano en el banco de hormigón que nos servía de cama a todos los enjaulados.

Y justo al sentarme, ahí estaba otra vez. Esos efectos negativos en mi cuerpo que conocía demasiado bien. Las palmas de mis manos sudaban mientras el frío me calaba los huesos. Era un aviso: mi cuerpo desempolvaba recuerdos del pasado, esos que siempre había intentado enterrar. Mis pies, hinchados y sudorosos, latían como si tuvieran corazón propio. Mi pecho y mi barriga estaban helados. Un contraste absurdo. Pero el calor insoportable subía por mis piernas y brazos, quemaba por dentro hasta dejarme paralizado. ¡Ardiendo por dentro!

Luego llegaban los temblores. Siempre había tenido mal pulso, pero eso era otra cosa. Movimientos convulsos, rápidos, incontrolables. Mis manos sudorosas me estaban diciendo: «Aférrate a algo, que no controlas tu energía». Pero mis brazos no respondían. El hormigueo los había debilitado hasta dormirlos. Pasaron unos segundos. No llegó al minuto. Por fin, la sensación se fue. No necesitaba explicaciones. Me conocía muy bien. Así que respiré hondo mientras mis manos dejaban de temblar, excepto por ese pulso habitual de mierda que me venía de serie. Intenté calmarme. Con los años había aprendido a sobrellevarlo. No es que el mal rato desapareciera, pero la experiencia enseñaba.

Sabía que lo peor había pasado. Pero algo se había quemado en mí otra vez. Ese día no encontraba lógica a nada. No había nadie al mando de una parte de mi cerebro, y sentía que algo dentro de mí se había perdido para siempre. Como si una torre de mi castillo se hubiera desplomado. Me esforzaba por encontrar sentido, por salvar algo entre mis propios escombros, pero fue todo en vano. Solo quedaba removerme entre mis propios pedazos calcinados y rescatar lo poco que pudiera recuperar con el tiempo.

Me sentía solo contra el mundo, pero ya era tarde. Mi gran cagada estaba hecha y corriendo como la pólvora por las redacciones de prensa. Y con razón. El mérito era mío y los hechos eran innegables. La noche anterior había conseguido alinear los planetas para desatar la tormenta perfecta.

«Lo peor es que no puedo llamar a mi madre ni a mis hijas», pensé. «¿Ya se habrán enterado? Seguro que sí».

Las redes sociales ya habrían hecho su trabajo, seguro. Me estresaba tanto no saber cómo estaban. La mejor noticia habría sido no ser noticia, pero eso era pedirle peras al olmo.

—Tendrían que darme el premio al idiota del año — pensé en voz alta—. He caído por gilipollas. Todos intentándome matar y voy yo y me suicido políticamente. ¡Qué gran verdad!

Apoyé la frente en la pared y golpeé con las manos abiertas. Muy inteligente por mi parte. Ahora también me dolía esa parte de mi cuerpo que me faltaba por sentir. Todo lo que hacía era absurdo, incluso para mí.

Mi cabeza seguía siendo una batidora disolviendo mis pensamientos inútiles que estaban aumentando mi ansiedad por momentos. Ya hacía tiempo que eso se reflejaba en mi cuerpo abandonado de cuidados. Mi mente, aliada y traicionera a la vez, luchaba por disolver esa maraña de mierda que me perseguiría de por vida. Tal vez no debía luchar contra lo que ya estaba hecho, pero no podía evitar intentar escapar como instinto natural. Tendría que acostumbrarme poco a poco. Digerir tanto no sería rápido ni fácil.

Iba dejando pasar los ratos muertos. Hacía la croqueta de pie por las paredes sucias de la celda. Qué más me daba un poco más de mierda encima. Estaba atrapado en un callejón sin salida. Entre esas cuatro paredes, era imposible concentrarme en los detalles de mi gran noche. Esa que había arruinado veinte años de esfuerzo en unos pocos minutos.

Intenté tumbarme lo menos incómodamente posible. Cerré los ojos y evité que el dolor de cabeza fuera a más

porque ahora eran las lumbares las que se quejaban por lo incómodo de mi posición. Era un genio hasta para mis dolores.

A mi izquierda, un detenido gritaba. Se acercó un guardia y le riñó:

—No te vamos a dar ropa porque ya intentaste suicidarte con tu propia camiseta.

A mi derecha, otro detenido empezó a exigir:

—¡Jefe, tengo sed! ¡Un vaso de agua, por favor!

Los dos gritaban lo suficiente como para volverme loco. Pensé en pedir al guardia que les trajera lo que pedían solo para que se callaran, pero me mordí la lengua. Aunque necesitaba silencio, no quería tocar mucho las narices a nadie. Ya había tenido bastante por ese día.

Fui a la reja, apoyé las manos en los barrotes helados y me dejé caer. Las piernas me fallaban.

«¿Qué les habrá pasado a mi madre y a mis hijas al enterarse?».

Mi desesperación creció y me metí en un bucle sin respuestas. Además de un eco de mierda resonando en mi mente, repitiendo: «Soy un gilipollas».

En un rato, que no sabría decir si fue corto o largo, me vinieron a buscar para una vista judicial rápida.

Cuando me sentaron frente a aquella pantalla, sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío del lugar. Era el tipo de sensación que venía de dentro, un cóctel de rabia, vergüenza y resignación. La jueza me observó como si yo no fuera más que otro archivo acumulado en la lista interminable de su jornada laboral. Lo peor no era su juicio, ni siquiera el de los policías que me detuvieron,

que, con su filtración ilegal sin ser en ningún caso «presunta», decían más que cualquier insulto. Lo peor era el juicio que yo mismo me hacía. Implacable. Insaciable. Lo que me hizo dimitir de todos mis cargos nada más pisar la comisaría.

Mientras esperaba que empezaran las preguntas, mi mente dispersa se dedicó a viajar como siempre, buscando distracciones absurdas para rellenar los momentos vacíos de la realidad. Pensé en cuántas veces había salido de casa con la sonrisa puesta, como si fuera un disfraz que me protegía de los demás, pero que a la vez me hacía sentirme más falso que un billete del Monopoly. Vivía en una disonancia cognitiva eterna. Recordé a muchísimas personas a las que había estrechado la mano, abrazado; cada mirada que había fingido sostener, y me invadió esa sensación amarga de saber que, en el fondo, nadie había tenido ni puta idea de quién era yo en realidad en mis últimos meses. Ni yo mismo. Cuántas fotos sonriendo cuando solo sabía llorar dentro de mí. Cuántas fotos rodeado de muchísima gente cuando me sentía totalmente solo.

—¿Nombre completo? —preguntó la jueza con voz neutra, sin levantar la vista de sus papeles e interrumpiéndome en mi reflexión.

Le solté el nombre completo mientras mi cabeza seguía en sus propios laberintos. ¿Qué más daba ya quién fuera? Mi nombre, mi título, mis cargos... Todo eso ahora era solo otra etiqueta desechada, como las de los yogures caducados. En ese momento, solo era un tipo más con una mascarilla que tapaba el rostro y un cerebro colapsado. Pensé en lo irónico que resultaba: años luchando por

construir una reputación, una vida «perfecta», y todo se había desmoronado en una noche. Aunque, siendo honesto, aquello no había sido un derrumbe repentino; era una demolición en cámara lenta, y yo había sido el operario más dedicado a ello durante varios meses, demasiados en mi opinión.

Las preguntas continuaron, pero no las escuchaba del todo. Me limité a asentir, a responder lo justo, mientras mi mente seguía haciendo malabares con recuerdos y remordimientos. Primero, necesitaba darle sentido y explicaciones a una noche tan kafkiana. A cada rato, me venían *flashes* de momentos felices que ahora parecían pertenecer a otra vida, y me torturaban con su contraste. La risa de mis hijas, las cenas familiares en Navidad, los aplausos de un auditorio lleno... Todo eso ahora parecía tan lejano, tan irreal, como si hubiera sido un sueño prestado.

Cuando por fin terminó aquella vista judicial, sentí un peso extraño en el pecho. No era alivio, desde luego. Más bien, era como si alguien hubiera apretado aún más los tornillos de mi carga emocional. Mientras me llevaban de vuelta a la celda, noté que mis piernas temblaban ligeramente, como si el cuerpo supiera algo que mi mente aún no quería admitir. Volví a pasar de vuelta por aquel pasillo lúgubre, ese que parecía diseñado para aplastarme el alma, y me pregunté si alguna vez volvería a caminar tranquilo y sin el lastre que notaba en mis espaldas. No me refería a un peso real, sino al lastre que conllevaba tener todas las cargas posibles, penas y errores, con una única muleta simbólica: un mísero y ficticio palillo de dientes con el que apoyar mi alma para no desequilibrarme y caer. Bendito palillo de dientes.

De regreso a la celda, mis vecinos estaban en su mundo de ronquidos después de darme por saco toda la santa noche. A mí ya ni siquiera me molestaba escucharlos roncar. Mejor un ronquido que el berrido, sinceramente. Me dejé caer en el suelo, agotado, mirando el techo como si en las grietas pudiera encontrar algún tipo de señal. Pero no había nada. Solo vacío. Como lo que sentía dentro de mí. Cerré los ojos y traté de respirar, de encontrar ese equilibrio que siempre me habían dicho que era la clave para superar cualquier crisis. Pero lo único que encontré fue el mismo nudo en la garganta, ese que ya era tan familiar como mi propio pulso tembloroso.

—¿Y ahora qué? —me pregunté en voz baja, como si el eco me fuera a responder igual que lo hace Alexa cuando la nombro.

No hubo respuesta, claro. Solo el sonido distante de un reloj que marcaba un tiempo que yo ya había dejado de contar. No sabía si estaba al principio o al final de algo, pero una cosa era segura: de ahí en adelante, no habría más máscaras. Ya no había nada que perder, salvo a mí mismo. Y, por primera vez en mucho tiempo, ni esa idea me aterraba tanto como debería.

LA SALIDA DEL CALABOZO

Tocaba salir de aquella maravillosa celda. La *suite* presidencial de los calabozos con peor fama de las comisarías en Cataluña. Las celdas de la comisaría de Les Corts podrían representar el peor alcantarillado de Barcelona. Auténticas pocilgas escondidas para uso exclusivo de los detenidos. Supongo que aquella mierda se había acumulado por la

imposibilidad de limpiar las celdas en plena pandemia. Allí era donde había pasado más tiempo y lo que más había podido ver y recordar hasta aquel momento.

La entrada de la comisaría no la recordaba nítidamente, aunque sí tenía *flashes*. Fueron demasiados bandazos sufridos antes de entrar por la puerta grande, así que no retuve la imagen de las puertas abiertas de aquel castillo ni los detalles de aquel equipamiento policial.

En aquel rato en que me quedé nuevamente en la celda, como si tuviera opción alguna, volví a intentar poner mi batidora mental a mil revoluciones por segundo, pero mis pensamientos ya no daban más de sí. Se habían triturado cuando los tuve funcionando a máxima velocidad, puede que durante tres, cuatro o seis horas anteriores, aunque no tenía clara la noción del tiempo; así que decidí que era el momento de abstraerme de todo e intentar calmarme. Ya no podía dar marcha atrás.

A veces me daba por pensar en mi hija pequeña, que siempre decía que soñaba con tener el superpoder de volver al pasado, aunque se conformaba con eliminar los errores que hubiera cometido. Yo siempre le respondía que eso no eran superpoderes, sino penitencias eternas. Lo primero no era nada deseable, era como estar instalado en el día de la marmota, porque si volvías al pasado, significaba que nunca había existido tu error y la cagarías una y otra vez. Un bucle infinito del que no saldrías nunca. Lo segundo tenía un diagnóstico y se llamaba alzhéimer; aquello que mi propia abuela padecía y que sufríamos viéndola diariamente, mientras su propio declive la consumía sin que ella se diera cuenta. Algo que sí percibíamos todos a su alrededor.

No era momento de pensar en mi hija, ni en mi abuela, ni deirme por peteneras; me centré en el aquí y el ahora. Me senté en mi trozo de hormigón favorito, cerré los ojos y relajé la mente como pude. Seguía detenido y aislado, mientras ya olía cómo todo un país conocía la versión surrealista que habían dado los medios de comunicación sobre mi incidente, o accidente. Llámale como quieras. No sabía qué me inquietaba más, si el cómo estarían informando con la versión sesgada de las gargantas profundas policíacas o cómo distorsionarían las gargantas profundas mediáticas para darle el sensacionalismo suficiente a la noticia, todo con la intención de aumentar su *share* audiovisual. Nunca contrastado conmigo, dicho sea de paso, sencillamente porque, si ya habían roto el juguete, no les iba a permitir que siguieran jugando a darme patadas a mi cabeza rota.

Generalizar lo malo es meter en el mismo saco a todos, y eso no era propio de mí. Ni todos los políticos mentían y robaban. Ni todos los medios estaban compinchados con los otros poderes del Estado con la única finalidad de pagar sus nóminas y obtener beneficios al final de sus ejercicios económicos. Había un periodismo que ponía su código deontológico por encima del mercado, aunque eso significara que las familias de los empleados no comieran ni que pudieran dar increíbles beneficios para el bolsillo de sus dirigentes. Lo mismo pasaba en política, cambiando el código deontológico por el juramento o promesa del día en que se asumía la responsabilidad del cargo. Ese momento tan bonito en que se ponía la mano encima de la Constitución o del Estatuto de Autonomía como símbolo de cumplir y hacer cumplir lo que estaba

escrito en aquel tocho de papel. Pero, como no teníamos culpa de ser unos cutres, conseguíamos, *ipso facto*, cierta impunidad.

Si no, el Estado entraría en bancarrota. Me explico: lamentablemente, hay una parte de los poderes del Estado que acaba viviendo del Estado sin necesidad de pagas vitalicias por los servicios prestados. Se llamaba pensión de incapacidad o indemnización por prisión. Por eso, en este país, quienes tienen más impunidad a la hora de mentir, incluso más que los políticos más torpes o novatos, son los políticos más experimentados y soberbios. Esa especie también existe en los medios de comunicación. No es nada personal contra nadie, solo una realidad.

El poder corrompe o te hace sentir por encima de los demás, o las dos cosas a la vez. A todos, menos a Pepe Mujica, en Uruguay. El poder, si no se subleva desde abajo, se asume que es de los de arriba. Y los de arriba sentirán que su tiempo es tan valioso que tiene que ser selectivo con lo que lo ocupa. Mientras, los de abajo siempre pensamos que podemos cambiar las cosas porque es lo que nos hacen creer. En cierta parte, somos unos ilusos.

Como muchos periodistas, de los de abajo, a los que apretaron para hacer copia-pegar de mi noticia salida de otros diarios; otros se inventaron cosas sobre mí, y unos pocos defendieron mi presunción de inocencia sin dar lecciones de moralidad. A estos últimos se lo agradecía, aunque estaba convencido de que no habían vendido ni un solo «ejemplar digital» aquel día.

Seguí con mis suposiciones en mi reservado exclusivo, aprovechando el silencio incómodo y eterno para decidir centrarme en bajar mis latidos veloces, en relajar mi

agitada respiración. Aquellos fuertes dolores punzantes en mi pecho y espalda eran un aviso, otro aviso más, y tocaba estabilizarme para no tener otro susto que me hiciera acabar en el hospital.

Ese dolor en el pecho no era muy común y empezaba a preocuparme. Mientras controlaba los latidos y la agitada respiración e intentaba bajar mis pulsaciones por minuto, empecé a recordar que el dolor de mi cuerpo también era fruto del forcejeo de la noche. Pero eso ya no le interesaba a nadie; lo importante era la noticia, y yo poco morbo más podía ofrecer ya. Así que, allí estaba, meditando como si de un retiro espiritual se tratara. Era el momento ideal, ya que los presos que gritaban y pataleaban en los barrotes de las celdas contiguas pidiendo agua y ropa aún no se habían despertado y sabía que aún podía aprovechar aquel silencio total. Reconozco que se me pasó varias veces por la cabeza hacer lo mismo que ellos y aporrear los barrotes de la celda para despertarlos, pero esa tontería pronto consideré que no valía la pena, así que deseché la idea de encabronar a mis vecinos de parcela y volví a concentrarme en mi respiración.

Si algo tenía claro era que no quería encontrarme con más momentos de máxima tensión. Solo tenía ganas de llegar a casa y pasar días incomunicado debajo de la sábana de mi cama. Desaparecer del mundo.

Apareció uno de mis guardias favoritos. Era el más parecido al botones de confianza de cualquier hotel, al que le sueltas propina.

—Tienes a la prensa de todo el país en la puerta —me avisó el guardia mientras abría la celda.

—Ya me lo suponía, gracias por la información.

El guardia me hizo de *sherpa*, guiándome por un camino que moría en una esquina, donde se accedía a dos pasillos situados uno a cada lado. Llegamos al cruce y el guardia me paró en seco poniéndome su brazo como barrera.

—Espera aquí, voy a por tus pertenencias.

Cumplí la orden y me quedé esperando apoyado en la pared del lado izquierdo de aquel pasillo. Inmóvil, no fuera a ser que entrara en conflicto con alguien otra vez. Asomé la cabeza por la esquina y observé unas taquillas aparentemente nuevas. Seguramente, aquello era de lo más decente que había en toda la comisaría.

Pasaron un par de minutos de espera en los que asomé la cabeza varias veces, hasta que me percaté de que estaba justamente al lado de la recepción. Intenté traspasar con la mirada aquella gran puerta de entrada en busca de profesionales de los medios de comunicación. No sabía si todos eran periodistas; por eso, prefería llamarlos «profesionales de los medios», ya que creía que todos cobraban por cubrir esa noticia. Que conste que, de los profesionales de los medios, yo ya sabía que no fallarían a todo un país esperando una buena noticia constructiva, desde el rigor periodístico, y no por hacer prensa amarilla o ser un mero sucedáneo de información que se nutría de las redes sociales.

El guardia se dirigió hacia las taquillas mientras hurgabá en su bolsillo hasta que encontró una diminuta llave, que introdujo en el tercer cajón de la primera columna de aquel módulo estilo IKEA. Extrajo una bolsa de basura y me la lanzó al pecho. Se la habría devuelto a la cabeza, pero, una vez más, no me tocaba hacer tonterías

ni ponerme más chulo. Y es que una parte de mí seguía descontrolada, salvaje, y no cumplía con las órdenes que le llegaban de mi cerebro. Aun así, aguanté como pude mis impulsos.

—Aquí tienes todas tus pertenencias. Puedes recogerlas —dijo aquel guardia simpático.

Abrí aquella bolsa de basura y volqué todo lo que había dentro sobre una pequeña mesa. Me puse la chaqueta, abroché el reloj a mi muñeca, recogí algunas monedas sueltas que recordaba llevar encima, guardé las llaves de mi casa en el bolsillo del pantalón, encendí el móvil sin ganas de mirarlo y lo guardé rápidamente en el bolsillo interior de mi enorme chaqueta. Pero notaba que me faltaba algo.

Hice el mismo ritual que tenía por costumbre antes de salir de casa.

—Llevo las llaves, el móvil y... ¿la cartera? ¿Dónde está la cartera? ¿Y toda mi documentación? —pensé en voz alta mientras miraba fijamente al guardia, esperando a que me dijera que la tenía y que ahora mismo me la iba a dar.

Pero no fue así. Esperé unos segundos más. Sin reacción alguna del guardia.

—Perdone, me falta la cartera —le dije, contrariado y molesto.

—Estas son todas tus pertenencias, no tenías nada más —replicó el guardia.

—Insisto, no quisiera importunarle, pero ¿cómo levantaron ustedes un acta en el sitio y a la hora de los hechos, con todos mis datos personales, si, según usted, no llevaba mi cartera encima? No sé qué cargos tendrán

en mi contra, pero uno de sus compañeros me pidió la documentación. No recuerdo si llegué a dársela, pero sí recuerdo llevar mi cartera encima porque la necesité para comprar todo lo necesario para la perrita que adquirí para mis hijas. Recuerdo perfectamente cómo la guardé en el bolsillo de la chaqueta donde ahora no está. La metí allí cuando guardé el dinero que me sobró del cambio.

—Oye, esto es todo lo que había —zanjó el guardia, que se sentía Charles Bronson en *Yo soy la ley*, sin darme derecho a réplica.

—¿Y dónde está la perrita? ¿Y dónde han dejado mi coche?

Seguía preguntándole sin recibir respuesta alguna. De hecho, el guardia no me estaba prestando atención. Sigo sin entender cómo no quisieron decirme ni el depósito de vehículos donde habían dejado mi coche ni el centro de animales donde habían llevado a mi perrita.

Todo muy humano por su parte, aunque a veces pensar mal lleva a aciertos desagradables que poco tienen que ver con lo racional o la lógica humana, incluso con la bondad de las personas. Hay muchos tipos de mafias y no hay poder que no esté dirigido por una red mafiosa dentro de él.

Mi enfado se fue sustituyendo por un susurro que solo me decía que, para aquel guardia, yo solo era un delincuente más. Que no esperara más ni de él ni, por supuesto, del entramado policial que podía existir detrás de la sustracción de mi cartera, presuntamente ilícita, si no fuera porque me la había hecho un agente del orden y la ley.

Pero mi voz interior se estaba equivocando. Yo no era un delincuente más, sino alguien a quien ya se le había hecho

un juicio de valor mediático, con órdenes políticas claras por parte de quien no era de su misma cuerda y gobernaba a los policías. No hacía falta juicio legal previo. Algo muy común en mi país: señalar y destruir. La presunta inocencia no estaba arraigada en nuestra cultura, aunque fuera un elemento fundamental en un juicio documentado con pruebas y testigos. No era mi caso, pero tampoco lo dije delante de nadie para que pudiera corroborarlo. Ya sabía quién prefería encontrar culpables y sentenciarlos según lo que dijeran algunos medios de comunicación antes que esperar a que el poder judicial dictaminara su sentencia.

Y yo ya me sentía así, como si sobre mí se hubiera ejecutado alguna antigua ordalía de Dios, una que nunca podría superar completamente durante el resto de mi vida. Y así era.

En aquel preciso momento llegó mi abogado. Se acercó a los guardias y hablaron durante unos instantes. Seguidamente, vino hacia mí con paso ligero y me susurró al oído:

—Ahora podremos salir. Lo harás por una puerta de garaje situada justo al lado contrario de la entrada. Dicen que así se evitará el espectáculo de tener a toda la prensa haciéndote fotos en la puerta principal.

Asentí, pensando que era la mejor forma de evitar el mal trago de pasar delante de los *flashes* de las cámaras y escuchar preguntas retóricas de los periodistas. Al fin y al cabo, aquellos profesionales de los medios solo querían mi confirmación al juicio social que ya habían hecho sobre mí. Daba igual que diera explicaciones, que me agotara explicando cosas que ya poco importaban. El titular ya lo tenían hecho para ese día. Así que decidí callarme

porque mi cagada ya tenía sus efectos y la gente no iba a prestar atención ni a atender a lo que yo dijera.

Solo era un borracho que se había saltado el confinamiento y había mordido a un policía. No había nada más que pudiera importarle a nadie. Era el puto meme del día.

La gran repercusión mediática de mi noche era evidente desde el momento en que me propusieron esa salida alternativa.

«Me habrán quemado en la hoguera como si fuera el mismísimo demonio», pensé, indignado y, a la vez, triste.

—Voy a coger el coche y dar la vuelta para recogerte justo por esa puerta del *parking*. Nos vemos ahora —se despidió mi abogado mientras se apresuraba a tomar la puerta principal e intentar dar esquinazo a los profesionales de los medios.

—Vamos —ordenó el guardia, sin más explicaciones.

—Antes no me ha respondido usted, y tengo derecho a saber dónde han depositado mi vehículo y mi perrita —aproveché para insistir mientras intentaba andar ligeramente más rápido para ponerme a su altura. Caminaba demasiado rápido.

Mi insistencia no tuvo contestación. Aquel guardia ya me había dicho todo lo que podía o quería decirme.

Una vez realizada la visita turística por gran parte de la comisaría, llegamos a la salida alternativa. Allí nos esperaba otro presunto delincuente que había estado detenido también toda la noche. Iban a aprovechar la puerta trasera para dejarnos libres a los dos.

Por los nervios de la espera, me dio por hablar sin cesar sobre temas superficiales. Los típicos cuando te cruzas

con un vecino en el ascensor: el tiempo y la temperatura. Era mi mejor forma de hacer que el tiempo pasara rápido mientras pensaba que, entre la mejor y la peor versión de uno mismo, a veces solo existía un error en el momento equivocado.

Demasiados pensamientos en *off* que habían quedado residuales en mi cabeza después del suflé de mi accidentada noche. Pensamientos estériles para la realidad a la que me tocaba enfrentarme. Yo mejor que nadie sabía que había cometido un error, conocía todos los detalles que me habían llevado a él, pero nunca me imaginé las consecuencias que pagaría por mi delicada salud mental.

Aprendí, y vaya si lo hice, lo caro que podía llegar a salir un error de tal índole.

Miré el reloj. Ya habían pasado siete minutos y aquella puerta seguía sin abrirse. Resultaba que el mando de la puerta del garaje se había quedado sin pilas o, directamente, no funcionaba. Todo muy propicio para que los dos reclusos en libertad mantuviéramos la calma.

En ese momento, se acercaron un par de guardias intentando abrir la puerta manualmente. Golpetazo para arriba, golpetazo para abajo. Doce minutos ya habían pasado desde nuestra llegada a la puerta.

Por suerte, uno de los guardias descubrió el enigma de cómo abrir aquella puerta inmensa. Pero, claro, no la quisieron subir hasta que avisaran a los otros compañeros de recepción, a los que fueron a comunicarlo personalmente.

—Qué curioso. Como si no les interesara comunicarlo por móvil o *walkie* —comenté en voz baja, sin disimular el sarcasmo.

O tal vez era porque así ganaban tiempo para dar el chivatazo a la prensa de por dónde saldríamos y que les diera tiempo a correr con sus cámaras hacia la parte trasera de la comisaría.

Un misterio sin resolver. O quizás no.

Pero no tenía pruebas ni más testigos que mi instinto. Mi olfato nunca solía fallar cuando se trataba de intenciones oscuras; para algo me había servido mi experiencia política. Aun así, no estaba para muchas conjeturas mentales después de mi gran cagada nocturna.

—¡Pobre guardia, se le debe hacer difícil hablar por el *walkie*! Le gusta más mirar a los ojos cuando se expresa. ¡Un profesional como pocos! —le solté al otro recluso, intentando que mi humor cenizo me distrajera de los minutos que iban pasando.

Ya eran suficientes para confirmar mis sospechas del evidente chivatazo.

Había cometido muchas tonterías en la vida, pero no era tan idiota como para no darme cuenta de lo que estaba pasando.

Minutos más tarde, volvió aquel guardia tan majo y afirmó con solemne convicción:

—Abrimos ya.

Y comenzó a elevarse aquel amasijo de hierro oxidado, mientras se iluminaba lentamente el suelo y el chirrido de la dichosa puerta «rota» nos taladraba los oídos.

El otro recluso tenía ganas de ver la luz y me percaté de ello. Así que, de perdidos al río, intentaría hacer la escena lo más llevadera posible, incluso si aquello se convertía en mi propio funeral mediático.

Me situé justo detrás de él y le dije al oído mientras apoyaba las manos en su espalda:

—Nos toca salir ya, campeón. Vamos.

Aquel detenido subió con andar ligero y presuroso por la rampa del garaje, donde, justo detrás, yo iba agazapado a su espalda, haciendo como si estuviera hablando por teléfono. Lo había visto muchas veces en la tele: los famosos simulando una llamada para esquivar a la prensa. Me pareció una buena idea. Total, como si ya importara algo lo que hiciera.

Cuando habíamos recorrido unos seis metros a paso ligero, empezamos a ver los pies de la calle trasera. Era una cuesta muy pronunciada. Dos segundos más tarde, en la cima de la rampa de acceso al garaje, nos encontramos con decenas de cámaras y periodistas deseando devorarme vivo.

—¡Hostia! ¿Pero esto qué coño es? —exclamó el pobre retenido.

Paralizado ante tanta expectación, lo adelanté por el lado contrario a las cámaras, con el móvil pegado a la oreja, ignorando todo lo que pasaba alrededor.

En aquel momento sentí una mezcla de vergüenza propia y algo de gracia. El otro recluso, petrificado, debió pensar: «La he liado parda esta noche». Había algo cómico en la escena de mi ex compañero de barrotos, al menos para mí.

—¿Quiere decir unas palabras tras morder a un guardia conduciendo ebrio?

—¿Qué mensaje tiene para aquellos a quienes recomendaba quedarse en casa?

—¿Se considera un ejemplo a seguir?

Decenas de preguntas resonaban a la vez en mis tímpanos. Todas reforzaban mis peores sensaciones: el juicio social ya había comenzado, y yo ardía en aquella hoguera mediática como el mismísimo demonio. Algo curiosamente poético siendo de Badalona. Nuestra fiesta popular es *La Cremada del Dimoni* (La quema del demonio).

Quise ser yo el demonio ese año, no el coronavirus. Y, semanas después, así se recordó en las fiestas populares de mi ciudad.

Volviendo a mi salida del calabozo: subí al coche de mi abogado, que salió de forma apresurada, pero respetando las normas de educación vial. Bastantes accidentes había provocado yo ya. No dije nada. Pedí que avanzara hasta la esquina. Aun así, callejeó unos minutos para asegurarse de que nadie nos seguía. Finalmente, paró el coche.

Mi abogado necesitaba respuestas para ayudarme a salir del atolladero penal en el que me había metido. Pero decidí que las respuestas esperarían. La prioridad eran el coche y la perrita. Y llegar a casa, claro. La carrera pasó a segundo plano. Estaba convencido de que alguien se la había quedado, pero, como siempre, no tenía pruebas.

Mientras él hacía llamadas, me puse a pensar por enésima vez en cómo se habrían enterado mis hijas de todo lo sucedido. Y las lágrimas silenciosas comenzaron a caer por mis mejillas.

Volví a sentir esa quemazón interna, ese fuego que no solo había destruido mi imagen pública, sino también el modelo a seguir que quería ser para ellas.

Tal vez me seguía importando la aprobación social, pero ahora la prioridad era abrazarlas y decirles que las

quería. Algo que no había hecho lo suficiente, siempre demasiado ocupado con mi trabajo.

Cuando caí, todo aquello que había considerado importante desapareció: ya no había trabajo, decisiones que tomar, ni vecinos queriendo hablar de la ciudad.

Ahí entendí algo: lo más importante era dedicarme tiempo a mí mismo, luego a mi familia y, por último, a los demás.

El orden sí altera el producto.

Necesitaba reconstruirme.

Y, sin saber por qué, una imagen recurrente de mi juventud empezó a invadir mi mente.

MUESTRA NO COMERCIAL

MUESTRA NO COMERCIAL



LIBROS.
M A R K E T



LIBROS.
M A R K E T

PARTE I:
LA INFANCIA



LIBROS.
M A R K E T



LIBROS.
M A R K E T

MUESTRA NO COMERCIAL

I. LA TORMENTA PERFECTA

Por qué ahora? ¿Qué significa esto?», me repetía, intentando encontrar sentido en medio de aquel caos junto a aquella voz.

De fondo oía una voz conocida, cercana.

Mis ojos, secos y cansados, apenas podían distinguir nada.

Sentí el frío de unas manos sujetando mis hombros, sin posibilidad de moverme. Alguien trataba de dejarme paralizado en aquel infierno. Mi cuerpo entero temblaba, mi respiración entrecortada y agitada, como si hubiera corrido durante horas.

Parpadeé, confundido, y la escena cambió de golpe.

La luz brillante no era fuego, sino el fluorescente de una habitación. Mis ojos se acostumbraron a ese cambio, revelando el rostro de alguien que intentaba calmarme. Estaba empapado de sudor, mi corazón galopando como si quisiera escapar de mi pecho.

Era una pesadilla. Otra vez la maldita pesadilla.

La sensación de ardor en mi piel persistía, como un eco que mi mente se empeñaba en prolongar.

Me froté los párpados con ambas manos, tratando de borrar aquel rostro de mi memoria, pero solo conseguí esparcir más sudor.